

LAS ASADURAS DEL MUERTO

Aparece el muerto, llevaba una ajada maleta y un candil. Suspira con desconsuelo, su pesadumbre y cansancio del mucho penar, se alivia al encontrar un pequeño espacio en el que descansar. Nuestro muerto errante tras mucho camino ha encontrado busca su descanso eterno. Abre su maleta y saca el sudario, lo extiende con merecida ilusión y tras envolverse en él nos cuenta:

Muerto- ¡Ay señores! ¡Qué bonito es estar bien muerto! ¡Qué felicidad ser un muerto sedentario, tranquilo, descansado! ¡Un muerto enterrado! No seguir errando por los caminos, buscando el hueco de un cementerio, la sombra de un campanario! ¡Y aquí lo he encontrado! ¡Qué contento estoy!, por fin estrenaré mi bonita mortaja y podré presumir de ser un muerto entero y bien conservado. Por que yo no soy como esos muertos troceados, descuartizados en un mal accidente o por un vil asesinato, uno de esos muertos mal cosidos y embalsamados. No, no, yo soy un muerto sano, un muerto casual, entero, de una pieza, el orgullo de muchos velatorios, un muerto sin calvario.

¡Qué felicidad, estar bien muerto en tan buen estado!

Escena de María y José. Triste melodrama proletario donde se mezcla el alcohol, la miseria y la brutalidad de unos seres abandonados al desatino de sus bajas pasiones y el océano de su ignorancia. José llega sucio y agotado por el trabajo y las miserables condiciones de obrero explotado: repugnante, maloliente, tosiendo y borracho. A cobrado su paga semanal, medio salario ya lo ha consumido en la taberna. Llega hambriento. María no come sólo tiene miedo, lo conoce tan bien que se enamoró de él. No quiere decirse que sea una sufridora profesional, ni un mártir. Toda su vida el miedo ha sido su compañero más fiel: con el padre, la madre, los hermanos, las ratas, el cura, la Guardia Civil, el capataz y finalmente su marido.

José – ¡María, esto es muy duro, muy duro, muy duro! ¡ y yo soy un hombre, un hombre, un hombre! ¡María, María, María! ¡Yo soy un hombre, un obrero honrado y explotado! Que conoce sus derechos y sus deberes y tiene que beber, ¡beber, beber! Y también tengo hambre, mucha hambre. ¡María la comida!

María - No hay...

José- ¡Maríaaaaaa..., la comida!

María – No hay.

José - ¡María quiero comer!

María - *(Desconsolada)* ¡No hay comida, querido mío! ¡No hay nada para comer! ¡Nuestros hambrientos hijos están en la beneficencia pública! Somos pobres de no comer, pobres obreros sin un plato que llevarse a la boca!

José - ¡María, cállateeee....!

María - Pero yo te quiero, te quiero, te quiero...

Se lanza a sus brazos con la pasión de un conejo a la zanahoria de su verdugo, la aparta al suelo de un sopapo y la arrojandola la moneda de su salario.

José - ¡Tráeme asaduras, quiero carne con asaduras, nos merecemos un buen plato de asaduras!

Ella coge la moneda, y con tímida coquetería se arregla, es decir, se cambia una horquilla de lugar. Sale a comprar. María es una mujer feliz, la vida puede cambiar de un momento a otro, el sol brilla, tiene un hombre que la ama y la mantiene con el duro sudor de su trabajo. María en su felicidad canta y baila y salta con la arrolladora energía de un gorrioncillo escaldado. Pero la moneda tiene mas brío que ella y con pericia libertina desaparece de su vista. María busca, rebusca, salta, respinga, mesa sus cabellos y golpea su cara y pecho al desconsolado grito.

María - ¡Mi hombre, mi hombre...! ¡Sus asaduras, sus asaduras!

Llora con un desconsuelo que sonroja a las piedras. Llora con pericia y habilidad, como mujer de mucho llanto y mucha experiencia dolorosa. Y como mujer bregada en las asperezas de la vida y en el mucho discurrir detiene su llanto y lanza una descubridora mirada al apacible descanso de nuestro muerto. María es creyente, fervorosa y respetuosa de los muertos. María tiene una fe enladrillada, católica y casposa. Cree con fervor y miedo mixturado en todo lo que se la manda y dice. Cree en la vida eterna, la resurrección de los muertos y las ánimas del Purgatorio, cree en el Papa de Roma, el párroco de la Iglesia y el perdón de los pecados. Y cree sobre todo en los gruesos dedos de José, en su borrachera eterna y en el escozor de unos correazos bien dados. Por que es una perdularia y una desgraciada y una boba y una torpe... y una inútil... y ya lo decía su madre y también su padre y todos los vecinos y sus hermanos... ¡boba, tonta del culo, María perdularia!.

María se aproxima al muerto, santiguada y muy rezada y con reaños tras pedirle permiso y disculpas, le arrebatata las asaduras con un fino destripe intestinal y sin descoserle un botón de su camisa. Con mucho respeto le lanza un “perdón de los pecados”, y con el rubor del delito y la satisfacción del encargo bien hecho, corre al encuentro de su festín proletario.

Comparten ambos la botella, en la sartén las asaduras se fríen con mucha pimienta y ajo, pueden ir aderezadas con cebolla y si amargase écheseles cilantro.

Ambos comen con avidez y bien bebido y alimentados celebran el festín de las asaduras revolcándose por el suelo como gatos enmarañados. Tras la pasión viene el descanso, ambos duermen con bendita placidez.

El muerto se incorpora echando en falta sus duras asaduras, lanza un suspiro que emociona al mas pintado.

Muerto - ¡Mis asaduras! ¡Que me devuelvan mis asaduras!

María se despierta sobresaltada, todavía embotada por la pasión y la digestión desploma su cuerpo dormido. El muerto se levanta y con lentitud cadavérica se encamina hacia el hogar de los amantes.

Muerto - ¡María, devuélveme la asadura dura, que robaste de mi sepultura, que a tu casa voy!

María - ¡Ay José!, ¿quién será?.

José - *(Dormido)* ¡María, cállate ya!

Muerto - ¡María, devuélveme la asadura dura, que robaste de mi sepultura, que en tu casa estoy!

María - ¡Ay José!, ¿quién será?.

José - *(Dormido)* ¡María, cállate ya!

Muerto - ¡María, devuélveme la asadura dura, que robaste de mi sepultura, que en las escaleras estoy!

María - ¡Ay José!, ¿quién será?.

José - *(Dormido)* ¡María, cállate ya!

¡María, ¡María, devuélveme la asadura dura, que robaste de mi sepultura, que en la habitación estoy!

María - ¡Ay José!, ¿quién será?.

José - *(Dormido)* ¡María, cállate ya!

Muerto - ¡María, devuélveme la asadura dura, que robaste de mi sepultura, que en la cabecera estoy!

El muerto agarra por los pelos a María, esta lanza un grito aterrador que desafina entre los gruesos ronquidos de José. Ella lanza un respingo y muere de miedo blanco que dicen que es el de los besugos y algunos perros a los que se les queda piel de gallina, rabo tieso y ojos saltones y muy explicativos.

El muerto apesadumbrado vuelve a su sepultura triste y lamentoso.

Muerto - Sólo quería mis asaduras, solo quería mis asaduras duras...

Con los muy broncos ronquidos de José finaliza la representación.